

ESLABONES Y CLIPS

Introducción. Una de las parejas que nos ayudan a dar los cursillos prematrimoniales durante la charla mostraban un power point para hacer gráfico lo que nos iban contando. Una de las diapositivas mostraba una cadena llena de eslabones de acero, sólidos, duros, contundentes, pero entre ellos aparecía un clip rojo, de esos que usamos para unir folios en los trabajos de la universidad. La imagen era tremendamente sugerente. Nuestras vidas tienen eslabones, fortalezas, aspectos de nuestra vida en los que nos sentimos fuertes y capaces. Pero en todas nuestras vidas también hay clips, frágiles, moldeables, delicados. Y esa combinación de fortalezas y debilidades es lo que nos constituye como personas. Nos resulta fácil mostrar y compartir nuestras habilidades y talentos, nos cuesta mucho más dejar que nuestro clip se muestre públicamente a los demás. Y lo más cierto es que los niveles más grandes del amor los experimentamos precisamente en nuestras debilidades. Nadie tiene un amor más grande que el que está dispuesto a asumir, junto a mí, debilidades, límites, fragilidades y defectos. Amar lo amable, lo sano, lo bello, lo inteligente es muy fácil. No hace falta tener mucha fe para amar así, pero lo que nos hace verdaderamente divinos es ser capaces de dar el salto de amar lo no amable, lo roto, lo enfermo.

Lo que Dios nos dice. "Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un agujijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero él me dijo: Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza. Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte". 2Cor 12,7-10.

Pablo nos traduce lo que nos suele pasar con nuestras debilidades y es que en un primer momento nos avergüenzan y las disimulamos. Negamos abiertamente que seamos débiles, porque para nosotros debilidad es sinónimo de acumular razones para que nos dejen de amar. Desde pequeños se nos premia lo que se asocia al triunfo, se aplauden nuestros logros, nos dan la merecida recompensa a nuestros éxitos. Pero cuando mostramos errores, fallos, suspensos, y no puedo, las caras a nuestro alrededor nos hacen sentir que preocupamos, que entristecemos y decepcionamos. Sentimos no ser merecedores de motivos para ser queridos. Lo sorprendente es que nuestro Dios de esa debilidad es de donde saca la oportunidad de revelar su amor. Nos ama cuando menos lo merecemos porque es cuando más lo necesitamos. Hacer del clip que cada uno de nosotros tenemos la oportunidad de experimentar una gratitud y una misericordia que son desconocidas para nuestra humanidad.

"Ese tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que se vea que su fuerza superior procede de Dios y no de nosotros. Por todas partes nos aprietan, pero no nos ahogan; estamos apurados, pero no desesperados; somos perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no aniquilados; siempre transportando en el cuerpo la muerte de Jesús, para que se manifieste en nuestro cuerpo la vida de Jesús". 2Cor 4,7-10.

Los eslabones los tenemos que agradecer, reconocer y compartir. Vivir felices de tener capacidades y talentos que se nos han regalado para el bien común. No es malo saber que valemos para muchas cosas. Ocultarlo es falsa humildad, porque la verdadera humildad es andar en verdad, decía Teresa de Jesús y si en algo soy bueno, pues hay que reconocerlo y ponerlo al servicio de los demás. Pero lo clips nos recuerdan lo necesaria que es la presencia de los hombre y mujeres que nos acompañan en nuestras vidas. Todo lo que a mí me falta, lo tiene el que me acompaña y me complementa. Eso es clarísimo en la vida de pareja, de familia, en los ambientes laborales y en las comunidades religiosas. Nadie acumula solo eslabones, porque esa autosuficiencia lo haría insoportable y tremendamente prepotente. Si no somos capaces de reconocer los clips, es cuando estamos sumergidos en la oscuridad más profunda y en la ignorancia de nosotros mismos y de nuestra identidad.

"A vosotros que escucháis os digo: Amad a vuestros enemigos, tratad bien a los que os odian; bendecid a los que os maldicen, rezad por los que os injurian. Al que te golpee en una mejilla, ofrécele la otra, al que te quite el manto no le niegues la túnica; da a todo el que te pide, al que te quite algo no se lo reclames. Como queréis que os traten los hombres tratadlos vosotros a ellos. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores aman a sus amigos. Si hacéis el bien a los que os hacen el bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores lo hacen. Si prestáis esperando cobrar, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan para recobrar otro tanto. Amad más bien a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada a cambio. Así será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, que es generoso con ingratos y malvados. Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo. No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados." Lc 6,27-37.

Amar gratuitamente y generosamente es lo que más nos asemeja a Dios. De hecho, nos cuesta comprender que Dios nos ame así. Estamos tan poco acostumbrados a la gratitud, y vivimos tan condicionados por la meritocracia, el acumular puntos positivos, para entrar en el ranking de los buenos y el alejarnos de los malos, los últimos, los peores. Y la revolución que Jesús comienza se llama misericordia, poner el corazón en la miseria del otro.

Cómo podemos vivirlo. A eso nos impulsa el evangelio, a no huir de los defectos, de los clips de los demás, ni de los propios, sino convertirlos en la ocasión para entrar en la fiesta de la reconciliación, de la misericordia, del sentir que todos nos necesitamos para soportar juntos las debilidades y los fracasos. Juntos en la salud y en la enfermedad, en el éxito y el fracaso, nos vamos mostrando con más claridad el rostro de Dios.